

vo Mundo, que parecían complacerse en mecerlos.

El sueño de Colón se había realizado.

Y, sin embargo, á pesar de la felicidad que había experimentado durante todo el día, de la alegría que sentía su alma, poco después de cerrar sus ojos vió en su imaginación un ángel que volaba hacia España llevando en su mano una bola que simbolizaba el mundo, y al mismo tiempo vió dos fantasmas que parecían querer contener el vuelo del ángel, arrebatándole la presa que llevaba y confundirle en el abismo.

Aquellos dos fantasmas eran la traición y la ingratitude.

En sueños presentía su porvenir.

Pero tiempo tendremos de asistir á esta triste realidad.

Capítulo VI.

La Concepción.

Al día siguiente, al despertar la aurora, casi todos los habitantes de Guanahani y aun de algunas islas inmediatas, que tenían noticias de la llegada de sus salvadores, como ellos los llamaban, sin temor de ningún género y ávidos de contemplar aquellos bagajes que en su vida habían visto, se acercaron á ellos nadando unos, y otros á bordo de ligeras canoas formadas con el tronco de un árbol, y que manejaban diestramente.

Su principal deseo era ver á los extranjeros, tocar sus vestiduras, adquirir cualquiera de los objetos que les daban, no porque los consideraran como de gran valor, sino porque les parecía que tenían una virtud sobrenatural.

Ya lo he dicho antes: para ellos, tanto sus salvadores

dores como las prendas de amistad que les daban, provenian del cielo.

Aunque era poco lo que podian darles en cambio de aquellas preciosas reliquias, se apresuraban á ofrecerles toros domesticados, grandes objetos de algodon perfectamente hilado, y tortas de una especie de pan, llamadas *cazabe*, que constituian la parte principal de su alimento, y que fué despues uno de los artículos de primera necesidad para los españoles.

Este pan estaba hecho con una raiz llamada *yuca* que cultivaban en sus campos y cortaban en pequeños pedazos, preparándolas y prensándolas despues hasta que se endurecian.

Para comerla era preciso endurecerla antes.

¡Cosa extraña! El agua que destilaba al prensarla era un mortífero veneno.

Aquel pan era insípido pero muy nutritivo.

Colon y su gente volvieron á la isla todos con ánimos de adquirir más nociones acerca de las costumbres de aquellos indios, y sobre todo de saber dónde encontraban el oro que formaba una parte importante de sus adornos.

Los indios lo cambiaban de buen grado por cuentas de vidrio y cascabeles, y cada cual de los tripulantes reunia los que podia para hacer su negocio.

Mientras que los marineros empezaban á hacer sus lucrativas transacciones, Colon con su estado mayor visitó más despacio la isla, y vió que era muy grande, muy poblada de sabrosos árboles, con abundantes aguas, y una grande laguna en medio.

Ninguna montaña habia en ella, por más que era tan dilatada su extension.

En la dificultad de entenderse con los que seguian á Colon y á los suyos, que era Inahaiguani y una porcion de indios y de indias, recurrió Colon al lenguaje de las señas.

—Mirad,—les dijo sacando su espada y mostrando la empuñadura que era una cruz,—esta santa señal habeis de adorar.

Y cogiendo á uno de ellos que se presentó sumiso, le hizo hincarse de rodillas delante de la espada.

Instantáneamente todos los demás le imitaron, como dando á entender que comprendian que aquel símbolo era el que debian adorar en lo sucesivo.

Notó además el almirante en todos ellos un gran deseo de pronunciar las mismas palabras que pronunciaban ellos, y enseñóles varias palabras, haciendo que todos se diesen el nombre de *cristianos*.

Acercóse á Inahaiguani, y señalando los zarcillos de oro que llevaba pendientes de las narices y orejas, le preguntó de dónde sacaba aquello.

El indio comprendió en seguida la pregunta, y volviéndose hácia el Sudoeste, dió á entender que hácia allí se hallaba el oro, y por el gesto y por la accion comprendió Colon que los habitantes de los paises que indicaban eran mortales enemigos de los de aquella isla, que de en cuando en cuando se acercaban á ella para combatirlos, y que los adornos de oro que llevaban podian considerarse como verdaderos triunfos guerreros porque se los arrebataban á

aquellos de sus enemigos que perecian á sus manos.

Despues de recorrer toda la isla y de ver en todas partes demostraciones de júbilo, é indicaciones como de que fueran á aniquilar á sus enemigos del Sudoeste, volvió Colon con los suyos á las carabelas, y enterado del comercio que habian hecho los marineros y los pilotos, les prohibió traficar en oro sin su permiso expreso, por ser aquel producto regalía de la Corona, y extendió la prohibicion al tráfico de algodón, que reservó tambien para los reyes al tratarse de considerables cantidades de este producto.

No agradó mucho á aquellos hombres la prohibicon.

Por un momento habian creido que podrian poseer legalmente cuanto pudieran adquirir, y no faltó quien murmurara.

Pero inmediatamente dispuso Colon que todos entregasen los productos indígenas que habian adquirido durante el dia, ordenando además que fuesen depositados todos en el navio almirante, y designó una guardia especial para que custodiara y respondiera de lo que pudiera llamarse el tesoro de la expedicion.

Todos se resignaron á obedecer.

El domingo 14 de Octubre, apenas amaneció, mandó aderezar el batel de la *Santa Maria* y los botes de las otras dos carabelas, y tomando con ellos el camino del Nordeste, se dispuso á costear la isla para visitar su lado opuesto.

De todas partes acudian á la orilla los habitantes del país, prorumpiendo en exclamaciones de júbilo,

y llevando á los extranjeros toda clase de presentes,

Parecian invitar á Colon con sus señas para que desembarcase.

Pero al ver que no los entendian, se arrojaban al agua, llegaban nadando hasta los botes, arrojaban sobre ellos los frutos que llevaban para obsequiarlos, y todo demostraba en su fisonomía y en su actitud una felicidad suprema.

Colon hizo varias observaciones á su paso, y notó que habia un espacio en la isla muy á propósito para abrigar las naves.

No contento con esto, buscó un sitio conveniente para levantar una fortaleza, lo que no pudo descubrir, porque toda la isla era llana como la palma de la mano.

De tal manera fascinó á Colon la belleza de aquel paisaje, que en una de sus cartas á los reyes les decia:

«Hay aquí huertas de árboles los más hermosos que yo ví, é tan verdes é con sus hojas como las de Castilla en el mes de Abril y de Mayo.»

Extendió la vista por el espacio que podia abarcar, y vió numerosas islas, sin duda las que forman los Caicos, las Inaguas, chica y grande, la Mariguana, y las demás que se hallan al Oeste.

Colon se dirigió hácia una grande que vió á unas cuatro ó cinco leguas de distancia, que era el Gran Caico.

En ella tuvo la misma acogida.

Desde esta isla vió otra mayor al Oeste.

Hay que advertir que para esta expedición había llevado sus tres carabelas, y llevaba en su compañía algunos indios de los más inteligentes, con los que se entendía siempre por señas.

Puso á su nueva isla el nombre de Santa María de la Concepción, y desembarcando la visitó, como había hecho con la de Guanahani.

Los indios que le acompañaban informaron á los de su raza acerca de quién era aquel hombre, y el mismo júbilo salió á su encuentro.

Al volverse á embarcar, uno de los indios de Guanahani, sin duda por deseo de volver á su isla, ó por temor de encontrar enemigos en el punto á donde Colon se dirigía, se arrojó al agua, encaminándose á nado hácia la orilla.

Algunos marineros botaron una lancha y corrieron en su persecución.

Cuando llegaron á tierra, todos los que allí había huyeron amedrantados, y los marineros volvieron llevando una canoa que cogieron á los indios, y que por lo que pudiera ocurrir amarraron á la *Niña*.

Mientras unos huían, otro indio se acercaba en una canoa á la *Santa María*, domostrando por las señas que hacia que queria rescatar un objeto de algodón que le habían cogido los tripulantes.

Invitáronle á que subiera á bordo y no quiso hacerlo.

Colon entonces mandó á los suyos que le llevasen á su presencia á la fuerza, y no tardó en hallarse el pobre indio, lleno de miedo, ante el jefe de la expedición.

Pero deseoso Colon de demostrar aquella gente que le animaban los mejores deseos en su favor, apenas le tuvo delante le regaló un birrete colorado, puso en sus brazos cuentas de vidrio y colocó en sus orejas dos cascabeles.

Adornado de este modo, con gran asombro y alegría suya le despidió Colon, dándole además el objeto de algodón que pedía.

El ilustre genovés continuó despues su camino hácia el Sudoeste, porque comprendió por las señas que le hacían los indios que llevaba á bordo que allí había mucho oro.

Colon en aquel momento, ilusionado por el éxito de su empresa, tenia una idea muy equivocada del gran paso que había dado.

Figurábase que los enemigos de que le hablaban los indios debían ser los habitantes del continente del Asia, los vasallos del gran Kan de Tartaria, á quien Marco Polo había descrito como hombres acostumbrados á lidiar en las islas próximas á su territorio y á convertir á sus prisioneros de guerra en esclavos.

Si esto era así, no tenia duda alguna de que toda la parte del Sur, tan abundante en preciosidades, segun le habían indicado los mismos indios, era la famosa isla de Cipango, en cuya suntuosa ciudad, segun el mismo Marco Polo, había un espléndido palacio fabricado con oro.

Deseoso de poder entenderse con los naturales, dispuso Colon que los indios que llevaba á bordo pudiesen servirle de intérpretes.

Viendo que todas aquellas islas no tenían bastante importancia para colonizarlas, se encaminó hácia otra bastante grande, conocida con el nombre de Inagua Grande, pero á la que el almirante, en recuerdo del rey de España, puso el nombre de Fernandina.

Al llegar, un indio de la Concepcion se habia anticipado á comunicar la nueva del arribo de los extranjeros, de la bondad de su carácter, de los regalos que ofrecian á cuantos se acercaban á ellos, y el júbilo de aquellos indígenas no fué menor que el de los de las demás islas que en el archipiélago habia visitado Colon.

Capítulo VII

Nuevas impresiones.

La isla que Colon llamó Fernandina, y que hoy se llama Exuma, parecia más civilizada que las del archipiélago que acababa de dejar atrás.

Sus habitantes se asemejaban á los de las islas anteriores, pero eran mucho más trabajadores, y su fisonomía revelaba mayor inteligencia.

Una prueba que podria alegarse en favor de su mayor cultura, es la de que aquellas gentes rendian culto al pudor.

En vez de presentarse en el estado primitivo, cubrianse las indias con delantales de algodón y mantos de la misma tela.

Bien es verdad que este era el signo de las personas más acomodadas, porque lo que podia llamarse la plebe usaba el traje del Paraiso.